



Los pozos de ventilación e iluminación, y la situación elevada del barrio, permiten que las cuevas no tengan luz ni aire.

Arquitectura
popular
amenazada

LAS CUEVAS DE BENIMAMET VAN A SER DEMOLIDAS

NO son monumentos, pertenecen a gente muy humilde, y su valor es escaso. Pero, como ha escrito Carlos Flores López en su obra «La arquitectura popular española», estas cuevas «constituyen una casa-habitación de las más altas cualidades no sólo funcionales, sino plásticas, con sus pozos de iluminación y ventilación que dan lugar a sorprendentes efectos luminosos en su interior» (1).

Las viviendas subterráneas de Benimamet, pueblo próximo a Valencia, serán demolidas en un abrir y cerrar de ojos. Sin protestas ni polémicas, eficaz y silenciosamente. Los propietarios de las cuevas han recibido una carta de la Delegación del Ministerio de la Vivienda en la que, entre otras cosas, se les dice: «Deberá usted tener en cuenta que las llaves de la nueva vivienda no le serán entregadas en el caso de que la cueva no quede absolutamente vacía y la misma sea demolida, considerando que este tipo de construcción

La originalidad arquitectónica y atracción de turistas de este pequeño pueblo próximo a Valencia va a desaparecer. Sus habitantes, gente muy humilde, tiene que abandonar no sólo sus hogares sino el pueblo en el que nacieron ellos, sus padres y abuelos. Urgentemente.

Texto y fotos: Ignacio Carrión

nes son ruinosas y peligrosas».

La vivienda que el Ministerio ofrece a esta gente no está en Benimamet, sino en otro pueblo, y no la ofrece gratuitamente, sino que habrán de pagarla con una entrada de treinta y dos mil pesetas y mensualidades de mil durante veinticinco años.

Los vecinos del barrio Camales están desolados. Les han dicho que el Ayuntamiento convertirá los solares en zona verde. Pero sospechan que transcurrido algún tiempo crezcan allí edificios. «¿Por qué no nos facilitan vivienda en el mismo pueblo? ¿Por

qué tienen que obligarnos a dejar no sólo el lugar donde hemos vivido familias enteras desde hace un siglo, sino también nuestro pueblo? ¿No pueden incluso conservar algunas cuevas, las mejores, y hacer jardines en la superficie?»

TIENEN MIEDO A LA PROTESTA

La persona que me ha mostrado la carta insiste para que no la identifique: tiene miedo, como la mayoría de los vecinos, a protestar. Pienso que perderá la cueva y pondrá en peligro también su nueva casa. Nadie le garan-

tiza una indemnización. Todos los días se asoma al exterior al oír algún ruido de motores creyendo que las máquinas se aproximan.

«Pero debe usted decir —afirma con orgullo— que en las cuevas no hay humedad, que no son peligrosas y que si alguna se ha caído es por abandono y falta de cuidados.»

Brígida Baixauli Pérez, de sesenta años, nació bajo tierra, como su madre y su hijo Vicente. Ahora recuerda cuando hace años vino el alcalde Rincón de Arellano a visitarles:

—Ahí mismo se sentó, en esta mecedora de la entrada. Nos preguntó cómo se vive aquí abajo. No podía imaginarse que no tuviéramos humedad, que nadie padeciera reuma, que estuviéramos tan a gusto. Y dijo que las cuevas eran bonitas y que el Ayuntamiento haría propaganda para que los turistas vinieran a verlas. Ya ve ahora los turistas que van a venir...

El hijo de Brígida es carpintero. Tiene su pequeño taller en la misma cueva. Trabaja para clientes del pueblo. «¿Qué tendré que hacer si

(1) «La arquitectura popular española», Ed. Aguilar.



Si llueve, no se producen inundaciones. Sobre estas líneas, una cueva, desde la superficie. Su acceso, en la parte trasera.

me cambian de localidad? No es fácil hacerse clientela en otro sitio.»

Y el abuelo se echa a llorar. Para él, la demolición del barrio es el fin del mundo y cree que en la nueva casa morirá de vértigo: «Por lo menos —dice— que me pongan en un piso bajo...». Luego, entre sollozos, asegura que en no sé qué año el Califa estuvo aquí, sí, el Califa, «pero ahora no quedan califas, todo se acaba miserablemente».

TIENEN FE EN LAS FOTOGRAFÍAS

Todo son facilidades: que me ponga aquí, que me suba donde quiera, que aparte muebles. Lo importante es que las fotos salgan bien. «Porque a lo mejor, si las fotos las ven en Valencia y en Madrid y comprenden que las cuevas no son una porquería, las salvan». Estarían resignados si salvan unas cuantas; «que el Ayuntamiento se las quede, que podamos venir a verlas de cuando en cuando...».

Ahora ya está. Guardo los carretes impresionados. «No los vaya usted a perder», me dicen, «y si se acuerda de nosotros mándenlos como recuerdo alguna foto si no la necesita...», pero dése prisa: las máquinas de derribo deben estar entrando ya en el pueblo».



Arriba, doña Brígida Balxaull Pérez, en la vivienda. La cueva está provista de electricidad, pero carece de agua corriente. Sin embargo, la limpieza es absoluta, como lo demuestran estas imágenes. Bajo estas líneas, dos dormitorios decorados con fotos familiares.

